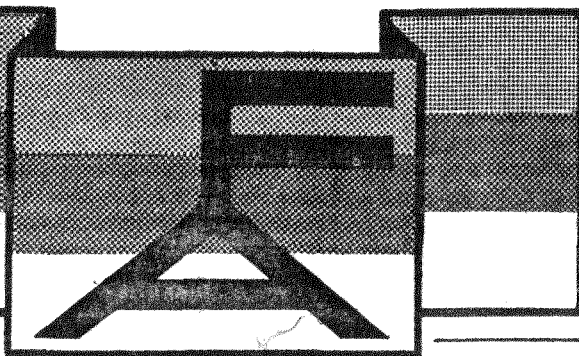


**Sector de Profesionales
Universitarios y
Docentes**

**"Por una Enseñanza
de cara al Pueblo"**

JUNIO - 1985



**AYER Y HOY:
LOS COMPROMISOS
DE LA
UNIVERSIDAD
DE LA
REPUBLICA**

El Uruguay acaba de conquistar una decisiva instancia en la lucha por la recuperación de su democracia. Diferentes sectores sociales, partidos políticos, organizaciones sindicales y organismos de gobierno se manifiestan resueltos a llevar a cabo no sólo la reconstrucción institucional sino además las transformaciones imperiosas que reclama la presente coyuntura económica y social.

El Frente Amplio tiene un programa global y coherente que apunta en lo esencial a instrumentar medidas y soluciones de fondo ante las contradicciones de una economía dependiente, que por un lado contribuye a marginar cada vez más al país y por el otro agrava las penurias de una sociedad sumergida.

Dentro de esos lineamientos se inscriben los reclamos que el Frente Amplio plantea a la Universidad de la República, porque es consciente que una institución de esa naturaleza debe encarar el estudio de los graves problemas que acosan al Uruguay de hoy y que deben contribuir en la medida de sus posibilidades, al estudio de la realidad que la rodea, como es propio de una Universidad que no está por encima de su pueblo sino arraigada en el pueblo mismo. Respetando en forma absoluta su autonomía y apoyándose en el art. 2o. de la Ley Orgánica de 1958, el Frente pretende que nuestra Universidad afine y regule sus instrumentos de trabajo para cumplir con su específica función social y cultural.

Si es indiscutible que toda proyección de futuro parte de un conocimiento objetivo de las necesidades del presente, del mismo modo la comprensión del pasado suele ser herramienta útil para una correcta apreciación de la realidad actual. A ese fin intentaremos esquematizar algunos de los logros y también alguna de las crisis de la vida universitaria uruguaya en su no siempre serena historia.

La Universidad de la República contribuye a sustentar la democracia uruguaya:

La Universidad se funda, como sabemos, en 1849 en el Montevideo sitiado de la Guerra Grande. Desde sus orígenes reflejó las aspiraciones de la pequeña burguesía portuaria montevideana que si pretendía para sus hijos "las honras" derivadas de "las borlas doctorales", más sustancialmente apuntaba a la formación de los cuadros profesionales de la clase dirigente, acorde con los cometidos que se había dado en Europa la Universidad decimonónica. Más de medio siglo demora la nuestra en formar un cuerpo de carreras profesionales, pero muy temprano los universitarios uruguayos tomar conciencia de ciertos principios que germinan en las aulas. La Universidad tenía "para los hijos de este país una ventaja que con nada se compensa y es la de que en ella se forma a la vez que el hombre de ciencia, el CIUDADANO, con el espíritu de las instituciones que el país se ha dado". Estas palabras, expresadas hace poco más de un siglo (1883) por el entonces rector José Pedro Ramírez, tienen un contenido moral y político que cobra desde entonces un valor simbólico y un sentido clarificador respecto al papel de los universitarios dentro de su medio.

Mientras tanto asoman en el país los tempranos signos modernizadores con el alambramiento y el ferrocarril, los procreos ganaderos racionales y los servicios urbanos esenciales; al mismo tiempo se operan decisivos cambios demográficos que duplican la población entre 1870 y 1890 (300.000 habitantes en 1870 cuando 80.000 de los cuales residen en Montevideo; 712.000 en el 90, cuando Montevideo alcanza la cifra de 215.000) en buena medida como resultado de los aportes inmigratorios europeos en auge que se derraman por el sur del Brasil, el litoral argentino y las costas y valles chilenos, incorporando todos los elementos socioeconómicos y socioculturales que el fenómeno apareja. Pero el Uruguay aún no logra superar su frágil y convulsa vida política que sigue oscilando entre la revolución y el golpe de Estado.

En el plano de la enseñanza comienzan a generarse los polos de cambio para el plazo largo. Un diferente ordenamiento social arrimado por una conceptualización ideológica asoma por primera vez en la enseñanza. Por un lado nace la reforma varelana con la extensión de la educación hacia todo el espectro social tratando de alcanzar todos los sectores populares; por otro lado la Uni-

versidad acuña una ideología política que va formando conciencia en torno al respecto absoluto de los derechos humanos, a diario conculcados.

Los partidos políticos acusan el impacto de estas desafiantes ideologías. Los sectores que se autodenominan "principistas" fundan dentro y fuera de los partidos tradicionales agrupaciones políticas que pretenden operar como agentes transformadores de la realidad. Estos grupos son una resultante de la revolución mental generada en las aulas universitarias, y sus integrantes (políticos, universitarios, pero además brillantes periodistas y parlamentarios) van moldeando una corriente de opinión que más allá de diferencias partidarias está echando las bases de la futura democracia uruguaya.

En los momentos críticos en que sobrevino la imposición de regímenes autoritarios, la Universidad como institución, y muchos universitarios como cuerpo, definen con variadas actitudes lo que alguna vez llaman "el desafío" a los gobiernos de facto. Queremos así subrayar que es una constante en la vida histórica de la Universidad uruguaya la función de defensa de las instituciones democráticas cuando ellas se ven conculcadas.

El hecho vuelve a ponerse de manifiesto durante la convulsionada década de los 30, signada por la repercusión de los graves problemas económicos y políticos que desencadena la crisis mundial de 1929. El rápido ascenso del fascismo europeo, cuya onda expansiva alcanzó a varios países de América del Sur; el golpismo triunfante en Perú, Argentina, Brasil y en el propio Uruguay con su corolario político más expresivo.

"Indiferencia o asombro", fueron las respuestas inmediatas de la sociedad uruguaya al golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. Sin canalizarse en un frente único, la oposición a la dictadura de Terra fue impulsada por algunos sectores del batllismo, el nacionalismo independiente y los partidos de izquierda, el socialista y el comunista.

La Universidad, aún con altibajos, fue también como institución, un polo contestario.

Detenido y desterrado el decano de la Facultad de Derecho, Emilio Frugoni, un núcleo de docentes de esa Facultad apoyan clamorosamente la moción de Carlos Quijano en el sentido que "el único centro de enseñanza jurídica del país no puede ni debe funcionar bajo una dictadura que

desconoce la ley y la Constitución". En apoyo de aquella moción las renunciadas de cátedras se suceden y multiplican. Pero a partir de ese desafío, la Universidad como institución elude definiciones. Son los periódicos estudiantiles quienes sí continúan sin descanso la protesta. Bajo el título "las dictaduras son efímeras" *El Estudiante libre* recoge abril del 33, un pensamiento premonitorio de Frugoni para definir la acción

futura. "Las dictaduras son efímeras aunque duren cien años, que no duran. Porque gobiernan a título precario, pensando constantemente en el momento y la manera de marcharse. . . Se engañan pues los que en mi país confían en que este gobierno de fuerza ha de arreglar las finanzas, mejorar la situación económica, impulsar seriamente el progreso".

2

La Universidad autónoma asume su función social:

El estudiantado venía organizándose como poderoso núcleo de opinión hacia dentro y hacia afuera de la Universidad ya desde la conmocionada década del 20, y especialmente bajo la fermental influencia del Reformismo de Córdoba. La organización de una federación de los distintos centros estudiantiles que se nucleaban en la FEUU en 1929, testimonia no sólo la importancia del movimiento, sino el reconocimiento de que más allá de la problemática universitaria, los jóvenes procuran definiciones de contenido ideológico que permitan articular reivindicaciones sociales.

Lo más significativo y perdurable, tal vez, de este momento de la vida universitaria estará pautado por la reunión del Claustro como respuesta a la reforma de la Ley Orgánica, impuesta por el Parlamento con la aprobación de la "Ley Abadie". Mientras el estudiantado la resiste con la huelga, el Claustro afirmando, como diría Eugenio Petit Muñoz "el derecho de la Universidad a darse su propio Estatuto", elabora un documento que sienta las bases de transformación futura y donde figura el reclamo expreso de organizar una Universidad integrada eficazmente a la sociedad. Más allá de su cometido esencial de establecer y coordinar cátedras, laboratorios, observatorios y clínicas, el objetivo que se persigue es instrumentar una institución que aborde múltiples cuestiones de interés colectivo, buscando la comprensión de los problemas de nuestra sociedad.

Cuando la generación formada en el movimiento estudiantil de estos tiempos fermentales que transcurren entre la primera y la segunda guerra mundial accede al gobierno de la Universidad, su presencia significó la puesta en marcha de una sustancial transformación.

El primer paso, determinado por un motivo totalmente ajeno al quehacer universitario —la

reforma Constitucional de 1951— culmina con la aprobación de la instrumentación de la autonomía universitaria, ya consagrada en la Constitución de 1917, pero nunca explícitamente reglamentada. La movilización en torno a "la lucha por la autonomía" tuvo una clara consecuencia aglutinante y puede decirse que la Universidad sale de ese momento histórico, revitalizada y reunificada. La elección de Mario Cassinoni para el rectorado (1956) significó el compromiso de llevar adelante cambios efectivos en la estructura interna y en las condiciones de su proyección hacia el medio.

A través de nuevos servicios, las Comisiones de Bienestar Estudiantil, Extensión Universitaria y Acción Social, se van polarizando los cambios: asistencia al estudiantado —becas, comedores, el trunco proyecto del Hogar Estudiantil— para que el acceso de los jóvenes a la Universidad pudiera provenir de más amplios sectores de la sociedad y de todo el interior del país. La universidad ha optado por el cambio de su concepción arquetípica y comienza a operar en consecuencia para contribuir a clarificar las alteraciones sustanciales que se vienen procesando en la realidad nacional: los primeros pasos se dan desde el nuevo departamento de Extensión.

La Universidad crece con la incorporación de las carreras auxiliares ofreciendo renovadas posibilidades vocacionales y ocupacionales. Paralelamente se pone en marcha un amplio programa de impulso y fomento de la investigación científica, con el propósito de incidir en la transformación de un país que, prioritariamente agropecuario, no lograba superar una explotación que se revelaba rutinaria. La universidad pretendía transformarse en un servicio idóneo para la modernización de la estructura del país, a partir del trabajo en sus laboratorios, centros de investigación y

campos experimentales. Con las estaciones agromónicas de Salto y Paysandú y la dedicada a la ganadería en Cerro Largo, se pretendió devolver al campo organismo que, como las Facultades de Agronomía y Veterinaria habían quedado “cercadas e invadidas por la ciudad”.

La “conquista del Clínicas” como hospital universitario abrió incitantes perspectivas. La Facultad de Medicina, más allá del trabajo en la clínica, coadyuvó decisivamente con la atención hospitalaria, a la elevación técnica y a la humanización del servicio sanitario de todo el país. Mientras se procesaban estas efectivas realizaciones que implicaban a menudo diversificación de fines, obediendo a requerimientos que iban más allá de la rutinaria formación de profesionales, el Claustro universitario decidió proponer la reforma de la Ley Orgánica. Se hacía imprescindible el reordenamiento coherente del viejo paquete de leyes y reglamentos inconexos que habían ido acumulándose y superponiéndose a lo largo del tiempo en las distintas Facultades, con el resultado de desarticular totalmente la unidad de la institución. La elaboración de la Ley Orgánica no fue sencilla, ni tampoco se realizó rápidamente. El Paraninfo de la Universidad, donde se reunió el Claustro, se transformó por esos años en el epicentro de una Universidad que iba conformándose en la discusión abierta, muchas veces áspera, pero siempre constructiva. Todo el periodo estuvo signado por esa experiencia vivificadora. El punto quizá más polémico de la discusión estuvo centrado en el proyecto de cogobierno con la participación de los tres órdenes (docentes, estudiantes y egresados). Había en tal sentido antecedentes en las lejanas Salas de Doctores del siglo XIX, y también en la representación indirecta consagrada en 1908 para los Consejos de Facultad.

Pero más allá de las reformas de la estructura del gobierno que propendía a la coparticipación de los órdenes y la instrumentación decisiva de los Claustros, la asamblea definió los que entendía debían ser los fines esenciales de la Universidad en la segunda mitad del siglo, atendiendo a los cambios sustanciales operados en el mundo de posguerra. Además de la formación de profesionales, técnicos e investigadores en todas las áreas, se definían como funciones primordiales de la Universidad: a) defender y acrecentar la cultura a través del impulso de la investigación y la creación artística; b) extender los conocimientos a la población en forma que ella pudiera asimilarlos para su mejor capacitación; c) estudiar los problemas de interés general a la vez que propender que ellos alcancen la comprensión pública y en último lugar —y no por ellos menos trascendente— “afirmar los valores morales y los principios de justicia y bienestar social”.

Tras enconadas campañas de prensa que cuestionaban abiertamente a la Universidad y censuraban a sus autoridades, se sucedieron grandes movilizaciones en las que fueron principales protagonistas los estudiantes y su Convención de setiembre. Finalmente la Ley Orgánica fue aprobada por el Parlamento el 15 de octubre de 1958, casi sin introducirse ninguna modificación al texto elaborado por el Claustro de la Universidad. Cabe señalar que la lucha por la Ley Orgánica se dio en el marco de una serie de grandes movilizaciones de la clase obrera y que es en el medio de estas luchas que se produce un significativo acercamiento entre los sectores universitarios y la clase obrera organizada —en este momento nace la consigna “Obreros y estudiantes, unidos y adelante”— hechos de real importancia en la progresiva definición de una postura universitaria comprometida con los intereses populares.

3 Las propuestas de reestructuración y la Universidad necesaria:

La ponencia del Rector Cassinoni al III Congreso de Universidades de América Latina (UDUAL) celebrado en Buenos Aires en 1959 aportó un esbozo original de proyecto para plasmar la Universidad latinoamericana de acuerdo al contexto de las necesidades de su medio, en sociedades que necesitaban y buscaban un nuevo reordenamiento. Decía Cassinoni que era necesario asumir la responsabilidad de una educación de masas, y a la vez el compromiso de apoyar y orien-

tar la emancipación económica de América Latina a través de una planificada labor de investigación en el área sobre los problemas económicos y sociales, sin descuidar la indagación de las reales posibilidades científicas y tecnológicas de nuestros países que comenzaban a ser calificados como “subdesarrollados”.

La difusión de la enseñanza superior a sectores cada vez más amplios no era —según el Rector—

una exigencia que debía justificarse apoyándose en cierta concepción de la justicia social, sino que era requisito ineludible para un funcionamiento eficaz de los mecanismos sociales, económicos y técnicos muy complejos y dinámicos a la vez.

Aunque las cifras hoy puedan parecerse comparativamente exiguas, el proceso de crecimiento se aceleraba sin pausa: la Universidad uruguaya se enfrentaba a la casi cuadruplicación de su población estudiantil (4.800 estudiantes en 1939; 17.000 en 1959). Los recursos humanos para responder a esa demanda no abundaban, y las exigencias tecnológicas permanentemente renovadas creaban nuevos obstáculos, ante la falta de recursos económicos. De todos modos la Universidad vivía una etapa fermentalmente creativa. Tenía claro que no pretendía mantenerse en esquemas tradicionales y que resultaba sustancial modificar y diversificar su estructura, ampliándola y adecuándola a exigencias antes insospechadas. También que la tarea no era fácil; se hacía necesario planificar mejor las formas de acción y su estructura funcional.

El cambio de las estructuras universitarias fue preocupación central durante el período que ocupara el rectorado el Ing. Oscar Maggiolo. A través de la Comisión de Cultura se organizó un seminario sobre el tema (1967) conducido por el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, creador y fundador de la Universidad de Brasilia y exiliado en Montevideo. Como lo ha señalado Domingo Carlevaro —activo participante en toda esta etapa de programación desde el Departamento de Planeamiento que tuvo a su cargo— se formuló en el Seminario más que un nuevo modelo para la Universidad, una crítica muy aguda sobre las limitaciones estructurales de las universidades que se iban multiplicando aceleradamente en todos los países del área, pero sin modificar los arquetipos tradicionales de inspiración europea. Se subrayó la compartimentalización de las carreras profesionales en un conjunto de escuelas y facultades autárquicas que quiebran la necesaria unidad institucional; el crecimiento de cátedras enquistadas que desemboca en la duplicación o triplicación de servicios totalmente desconectados; la falta de carreras adaptadas a las reales necesidades de nuestras sociedades; el peso de la burocracia administrativa; la dependencia presupuestal que termina por fracturar o desarticular muchos proyectos; la escasez de docentes con dedicación exclusiva; en fin, la tan reiterada crítica del carácter eminentemente profesionalista de la enseñanza; un conjunto de elementos que conspiran contra el funcionamiento eficaz de las universidades. Los interrogantes planteados en el Semi-

nario, sobre todo sobre la capacidad renovadora de los universitarios, fueron muchos.

La Universidad de la República publicó en un importante volumen el resultado de este primer Seminario sobre estructuras; el trabajo contiene un almacigo de ideas, un programa de revisión y ciertas sugerencias para conectar fluidamente la Universidad con la sociedad global. Aunque el mismo Darcy Ribeiro sostuvo que el suyo era un modelo utópico, sus planteos constituyen un reto permanente para repensar la Universidad necesaria que participe en el cambio de las sociedades latinoamericanas. Transcurridos ya casi veinte años de aquel removedor Seminario, Darcy Ribeiro ha escrito distintos ensayos aportando nuevos puntos de vista sobre el tema; pero las críticas que formula en 1967 conservan plena vigencia, máxime para una Universidad como la uruguaya que pretende remontar el proceso que impuso la Intervención.

El Seminario tuvo amplio eco. El rector Maggiolo preparó a su vez un resumen de plan de discusión para encarar la revisión inmediata de la Universidad de la República. Un sentido muy realista caracteriza sin duda al que se ha dado en llamarse "Plan Maggiolo" (1967) ya que fue formulado a partir de las fallas efectivamente constatadas, pero también de las pocas posibilidades de cambio que el presupuesto por programa de la época dejaba abiertas. . . . En última síntesis, sostiene Carlevaro, el proyecto apunta a impulsar la investigación científica a partir de las Ciencias Básicas, para que sus resultados incidieran en la investigación aplicada. A partir de este esfuerzo de la Universidad, podría lograrse un cierto despegue para el progreso tecnológico en un país que como Uruguay, aparecía ya sumamente rezagado en ese sector. A través del desarrollo científico, sugería Maggiolo, podría alcanzarse una cierta propiedad económica que sustentase el cambio y el bienestar social. La Universidad —resulta claro— es concebida como un servicio reactivador, encaminado a superar las carencias derivadas de nuestra ínfima población, de la estrechez del mercado, y de la falta de recursos financieros; al mismo tiempo se considera indispensable aprovechar al máximo la capacitación del cuerpo docente.

Pero a esta altura, ya cerrándose los años sesenta, el país ha entrado en la espiral de la crisis. Otras urgencias reclaman la atención de las autoridades universitarias, y la discusión del Plan Maggiolo se posterga. Pese a ello no deja de ser una valiosa propuesta y un análisis crítico de las condiciones de la Universidad pre-73, cuya estructura se consideraba ya agotada en 1968.

La Universidad bajo el embate de la crisis: cinco años de resistencia creadora (1968-1973)

En el entorno sociopolítico se fueron agudizando las tensiones. El Estado de bienestar apunhalado precariamente con los últimos saldos favorables de la guerra de Corea, se revelaba agotado. El país había entrado de lleno en la órbita del F.M.I. y comenzaba a acusar las consecuencias de ese férreo alineamiento. La repentina agitación social que sobrevino en 1967 no pudo entonces controlarse, sino se agravó, con rigurosas medidas de seguridad. La campaña política encaminada a la reforma constitucional y a las elecciones generales operó momentáneamente como un factor distensivo. La masa electoral oscilaba buscando en los cambios políticos un eventual paliativo a la situación económica; después de dar la mayoría a sectores blancos de distintas tendencias, al cabo de ocho años triunfa nuevamente el Partido Colorado. Pero para los nuevos vencedores resultaba imposible contener el proceso inflacionario (8% anual en 1956; 24% en el 58; arriba del 100% en 1966). Los datos estadísticos sólo agregaban alarma e incertidumbre: crecía la desocupación, la moneda se devaluaba, emigraban capitales y la deuda externa se multiplicaba sin pausa. El estancamiento del agro, la imposibilidad de procesar con celeridad cambios tecnológicos, determinaron que las carnes y lanas uruguayas no pudieran competir en el mercado mundial por sus altos costos de producción. El Uruguay tomaba conciencia de la crisis que iba siendo irreversible.

Mientras tanto la insurgencia estudiantil con características protestatarias define un fenómeno que se extiende en casi todo el mundo europeo, en algunas universidades de los EE.UU. y prácticamente en todas las de Latinoamérica. El estudiantado uruguayo no va a la zaga. Visto con las perspectivas de casi tres décadas, ese movimiento se inscribe por un lado, en las respuestas generales del estudiantado del mundo occidental ante estructuras anacrónicas para una institución que como la universitaria ha entrado de lleno en la etapa de masificación, manteniéndose en cierto modo a espaldas de una cultura que avanza con aportes inspirados en conceptos diferentes de la realidad y a veces opuestos. Los movimientos estudianti-

les reniegan y rechazan determinadas formas de cultura o de organización social y política. Pero en el caso de nuestro país, el movimiento estudiantil debe enfrentar otro problema más agudo: ¿cómo afrontar la represión de que son objeto la Universidad y los sectores sindicales por parte de un gobierno que está convencido de que esa es la vía para contener la crisis? La respuesta es: intensificar la movilización.

En el contexto de la escalada de la crisis surge un fenómeno inédito en el Uruguay con el brote de la guerrilla urbana, impulsada por el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros). El gobierno acentuó —e indiscriminó— el rigor del aparato represivo. La Universidad fue entonces acusada de “refugio”, “sostén” y hasta de “promotora” de la “sedición”. En la madrugada del 8 de agosto de 1968 varias Facultades y el edificio central de la Universidad fueron allanados sin la presencia de autoridades universitarias. El operativo se llevó a cabo invocando la presunción de que podrían encontrarse refugiados “elementos sediciosos”. Nadie fue detenido, y si destrozado mucho material de trabajo.

La campaña de prensa oficialista y su culminación en atentados concretos, venía creando un clima psicológico de enfrentamiento cuyo desenlace sería trágico. Grandes manifestaciones callejeras reclamaban “libertad para la Universidad”. Las crónicas periodísticas de la época relataban a diario la sucesión de choques y aún de “verdaderas batallas campales” entre estudiantes y fuerzas policiales. En uno de esos episodios cayó muerto un estudiante, Liber Arce. Desgraciadamente sería el primero de una serie. El emotivo homenaje popular que se le tributó en las calles desde la Universidad hasta el Buceo, por donde transitó a pie el multitudinario cortejo fúnebre —más imponente aún por el respetuoso silencio que lo acompañó— constituyó un acto masivo de repudio al empleo de la represión.

Al recordar aquel difícil período vivido por nuestra Universidad, lleno de tensiones y acechanzas, rendimos un emocionado homenaje a

la figura del Rector Maggiolo, que supo enfrentar con indolegable firmeza los desmanes del poder político, estando siempre en la primera fila a la defensa de la autonomía de la Universidad y en la reafirmación de sus mejores tradiciones. Como universitarios frenteampistas, nuestro homenaje va aún más lejos, reconociendo en el Ing. Oscar J. Maggiolo a un compañero de lucha, que antes de morir en el exilio, dedicó sus últimas fuerzas a colaborar a la reorganización del Frente Amplio en el exterior.

Los años grises que siguieron fueron pautando el deterioro de la vida democrática del Uruguay. En un clima de áspera lucha parlamentaria y de reivindicaciones sociales insatisfechas, la movilización obrera fue radicalizándose a tono con la insatisfacción de sus legítimos reclamos. En tales circunstancias, la Universidad debe realizar sus elecciones internas en momentos en que algunas tendencias extrauniversitarias infiltradas intentan desestabilizar el normal funcionamiento de la institución. Pese a ello, y precisamente afrontando esa situación tan crítica, importantes sectores estudiantiles, docentes y profesionales se dispusieron a colaborar en la reorganización del funcionamiento universitario. "Los últimos meses de vida autónoma— escribió años después desde el exilio el entonces recién electo rector Samuel Lichtensztejn— permitieron comprobar que existían fuerzas capaces y crecientes para dotar a la Universidad de posiciones creativas, distintas y responsables". Se empezó a trabajar a través de algunas nuevas comisiones: de Información y Comunicación Internas, de Información y Difusión Externas, definida la primera como un instrumento para "la extensión intrauniversitaria", la segunda para transmitir a la sociedad las reales y positivas tareas del quehacer universitario. En el breve lapso que transcurre entre el golpe de estado de junio de 1973 y la intervención de octubre, la comisión de Problemas Nacionales organiza el último ciclo de la Universidad autónoma, con la colaboración de investigadores de casi

todas las Facultades; el título sugiere los propósitos: "El Uruguay y su Universidad en 1973. Hacia la construcción de un destino nacional".

La asfixia económica —una forma más sutil, pero muy dura de represión y cercenamiento de la vida universitaria— inmovilizó, claro, muchos proyectos. El gobierno —invocando carecer de recursos o sin decirlo— no entregaba las partidas imprescindibles para el funcionamiento mínimo de la Universidad.

Pese a todas las dificultades, que se multiplicaban cada semana, ellas mismas fueron creando en buena parte del cuerpo universitario la conciencia de construir, junto a otras fuerzas sociales, un baluarte defensivo de la democracia y de la Ley de la Universidad, actitud más acentuada aún después de la disolución del Parlamento y de la Convención Nacional de Trabajadores. La Universidad, una vez más, defendía una de sus más preclaras tradiciones. No existe quizá una prueba objetiva más irrefutable de la unidad interna de sus miras que los resultados electorales de setiembre de 1973. Las elecciones para integrar los Claustros se efectuaron con voto secreto y el contralor de la Corte Electoral. Sufragaron 22.233 estudiantes, 1013 docentes y 13.175 egresados. Se desplegaron diversidad de listas y lemas; las que apoyaban la autonomía universitaria —francamente opositoras al régimen de facto que gobernaba desde junio— alcanzaron el 98% entre los estudiantes, el 80% entre docentes y el 88% en egresados. Elecciones a las que Arturo Arado ha calificado de "sentencia y lección", y que, nadie lo duda, fueron la causa determinante de la Intervención, más allá del pretextado incidente de la Facultad de Ingeniería, resultado de un eficaz operativo de provocación. El sábado 27 de octubre de 1973, en un radiante atardecer de primavera, las Fuerzas Armadas ocupaban todos los locales universitarios militarmente, como a "plaza vencida". Detuvieron asimismo a sus autoridades. Clausuraban sus puertas.

5 Los años de la Intervención y la tarea de hoy: Universidad y País

Los propósitos que persiguió la Intervención iban mucho más allá de anular la autonomía y negar principios tan elementales e indiscutidos

como el de la libertad de cátedra, que había logrado sobrevivir a lo largo de toda la historia universitaria, aún en medio de las más controvertidas polémicas filosóficas.

La intervención se propuso "depurar" el legado cultural de la Universidad autónoma arrancándole algunos de sus postulados fundamentales que, por una u otra razón, disgustaban a los dirigentes universitarios de facto y que asimismo obstaban a la rígida subordinación de toda la enseñanza al poder político. En definitiva —y este fue su cometido esencial— la intervención había llegado para negar y destruir lo que existía en la Universidad fuera bueno o malo; no para mejorarlo, solamente para arrasarlo.

Acorde con este temperamento se procedió a la destitución de un altísimo porcentaje de docentes y otro todavía mayor de investigadores científicos que habían ingresado a los cuadros universitarios por libres llamados a aspiraciones para los cuales, desde luego, no se dividían en "categorías" —en función de su respectiva ficha ideológica— a los ciudadanos que deseaban competir libremente con sus méritos. Docentes y funcionarios cesantes fueron sustituidos por otros designados por la Intervención en forma directa; si alguna vez esas personas ingresaron mediante llamados, sin duda fueron sus casos claras excepciones a la norma. Y de cualquier modo, por supuesto, la presentación quedaba de hecho limitada a quienes no estuvieran marginados a la vida cívica por su ideología democrática, contraria por principio a todo régimen de facto. El movimiento estudiantil fue fiscalizado, oprimido y desarticulado. Tampoco aquí se edificó: durante esa larga década ni siquiera se intentó montar la ficción de una normal vida universitaria. Ni programas de investigación científica, prácticamente inexistentes, ni menos aún el estudio de los problemas socioeconómicos del país, pudieron ser abordados desde los yermos centros de investigación, el Instituto de Economía, la Estación Experimental Mario Cassinoni de Paysandú, el Instituto de Matemáticas de la Facultad de Ingeniería, laboratorios y clínicas de la de Medicina, Química, Odontología y Veterinaria, talleres de Arquitectura, cátedras de Derecho, departamento de Humanidades y Ciencias, para no nombrar sino algunos centros de trabajo creativo, vieron desaparecer por cese, destitución o renuncia, sus cuadros fundamentales.

El orden y la disciplina, la vigilancia, el control y la denuncia, fueron los nuevos valores que las autoridades interventoras consideraron primordiales para encauzar toda la enseñanza del país.

Es muy aventurado aún abarcar en un juicio global toda la gestión del poder interventor gobernante durante once años. Parece un cambio

legítimo caracterizar en una línea el saldo de su obra: una Universidad sin proyecto, desmantelada, en franco retroceso, sin espíritu crítico ni formativo, sin la menor preocupación por alentar y coordinar su relación con el medio. Faltan en efecto muchos elementos para poder estudiar y comprender la real dimensión de este período. Tenemos todos sí, una imagen cercana hecha de experiencias y de traumas que no queremos repetir. Cuando se estudie orgánicamente la época de la intervención no podrán dejarse de lado ciertas cosas importantes. No tenemos dudas acerca de que durante ese lapso la Universidad de la República permaneció viva en el exilio, ya dentro o fuera de fronteras; o en cualquiera de los rincones del mundo donde sus docentes, estudiantes o egresados pudieron enseñar, aprender y trabajar; o aún en la celda de una cárcel donde tantas vocaciones de uruguayos se templaron o frustraron. Pero también habrá que rastrear especialmente las condiciones que hicieron posible el surgimiento, entre el estudiantado y los cuadros de docentes más jóvenes, de una generación crítica que desafió la represión de la dictadura, que supo ganar espacio en la oscuridad y que irrumpió con madurez y voz nueva en la Semana del Estudiante durante la primavera del 83. Los foros, las reuniones muchas veces clandestinas, las revistas, los asados y las peñas hicieron camino al andar . . . Tenemos presente la avidez y la inquietud de las preguntas que formularan entonces los jóvenes sobre un pasado que mitificaban, pero que también les ayudaba a bosquejar programas de acción para el día en que la democracia les devolviera la Universidad autónoma que ninguno de ellos había podido conocer.

Ya en nuestros días, la reincorporación de cientos de docentes y funcionarios, del rector y todos los decanos legítimos del 73, hacen que estos primeros meses de vida autónoma, o de transición si se quiere, estén signados por el compromiso de todos: los que están, y los que vienen o vendrán a reincorporarse, quieren recuperar una Universidad autónoma y soberana que asuma la responsabilidad de compartir con todo su pueblo la ardua tarea de reconstruir un país diezmado y empobrecido, saqueado pero no destruido. La Universidad de la República tiene una tradición que la enaltece y que sobrevive intacta al nihilismo prepotente de los años de la Intervención. Es esa común tradición que nos lega su pasado, la herramienta más idónea para construir los cambios del futuro.

Montevideo, junio de 1985